

relativa al tomito. Incluso se refiere la misma investigadora a la poesía que nos interesa aquí, «El aire», y en una nota, en el referido libro de 1963, escribe: «Espero publicarla en breve»<sup>19</sup>. Sin embargo, no aparece mencionada tal edición en las bibliografías, el poema sigue desconocido, y al hablar de la Rima V<sup>20</sup>, la profesora Brown no la relaciona con «El aire». He aquí los versos que Vizcaíno dedicó al autor de las *Rimas*:

#### EL AIRE

A mí querido amigo  
Gustavo Adolfo Bécquer.

*No sé dónde he nacido,  
mas soy la vida  
de todo cuanto existe,  
cuanto se anima.  
No tengo patria:  
el universo entero  
es mi morada.*

*Siendo libre cual nadie,  
estoy cautivo  
entre los altos muros  
de lo infinito;  
y sólo cedo  
al Ser Omnipotente,  
único eterno.*

*Sin mí no hubiera tierra,  
ni sol, ni cielo:  
de todo cuanto vive  
soy elemento;  
si yo faltara,  
la destrucción vendría,  
luego la nada.*

*Tomo diversas formas  
como Proteo;  
ya soy brisa suave,  
ya blando céfiro,  
ya cierzo impío,  
ya huracán violento,  
ya torbellino.*

*Cuando el sol por Oriente  
luce sus rayos,  
valles, mares y montes  
voy despertando;*

<sup>19</sup> BROWN, pág. 318.

<sup>20</sup> BROWN, págs. 298-301.

*todos me llaman  
suspiro perfumado  
de la mañana.*

*Yo acaricio a mis hijas,  
plantas y flores,  
cuando cierra su negro  
manto la noche;  
y las consuelo  
dando en su puro cáliz  
un dulce beso.*

*Me admiran cuando airado  
en el desierto,  
montes de ardiente arena  
al cielo elevo;  
cuando, aura suave,  
los suspiros de amores  
llevo a un amante.*

*Yo entre mis alas llevo  
a los mortales  
las amorosas quejas  
que canta el ave;  
yo entre mis alas  
llevo el rumor confuso  
de las batallas.*

*Me admiran cuando dócil  
y silencioso  
rizo las claras aguas  
del manso arroyo,  
cuando iracundo  
agito las entrañas  
del viejo mundo.*

*Yo soy el que ondulando  
la verde yerba,  
acaricio a las flores  
en la pradera;  
yo, el crudo cierzo  
que de las flores troncha  
el tallo tierno.*

*Soy huracán rugiente  
que al monte y valle  
arranca impetuoso  
sus viejos árboles;  
soy la borrasca  
que los mares agita  
y el mundo arrasa.*

*Primer soplo de la vida  
a los mortales  
siendo mudo testigo,  
doy cuando nacen;  
mas cojo siempre  
el último suspiro  
cuando se mueren.*

*Yo no puedo perderme,  
pues siempre existo  
entre los altos muros  
de lo infinito;  
no tengo patria:  
el universo entero  
es mi morada (págs. 49-55).*

Estos versos deberán desde ahora en adelante considerarse como una de las dos principales fuentes de la Rima V de Bécquer; la otra es la composición, en treinta y cuatro cuartetos de endecasílabos de rima encadenada y dos quintetos de endecasílabos, titulada «El espíritu y la materia», de José María de Larrea, publicada en *El Semanario Pintoresco Español*, en 1853, y señalada como antecedente de la indicada Rima becqueriana por William S. Hendrix y Dámaso Alonso<sup>21</sup>. Muy difícil sería determinar cuál de estas dos fuentes haya aportado más elementos a los deliciosos versos de Bécquer sobre esa «desconocida esencia», la poesía.

En el poema de Larrea, la visión de todo lo existente como partícipe igualmente de la materia y el espíritu parece haber dado nacimiento al concepto becqueriano de la función de la esencia poética, o más bien haberse completado con ésta: «Yo soy el invisible / anillo que sujeta / el mundo de la forma / al mundo de la idea». Los siguientes versos que Larrea pone en boca del espíritu: «Soy un rico perfume contenido / en pobre vaso de grosera arcilla» (descripción del alma humana hospedada en el cuerpo), fueron el modelo estilístico de la estrofa final de la Rima V: «Yo en fin soy ese espíritu, / desconocida esencia, / perfume misterioso / de que es vaso el poeta». «El espíritu y la materia» contiene a la par muchos antecedentes de esos inolvidables versos de la Rima V compuestos en primera persona: son de Larrea, por ejemplo, «Yo soy del sol la lumbre centelleante»; «Yo soy la brisa tibia y perfumada»; «Yo soy la voz del huracán potente», etc. (Ejemplos de este último recurso estilístico los hay también en otras poesías

<sup>21</sup> El texto completo del poema de Larrea puede consultarse en JOSÉ PEDRO DÍAZ: *Gustavo Adolfo Bécquer. Vida y poesía*, 3.ª ed., Madrid, Editorial Gredos, 1971, págs. 160-165. En las páginas 165-170 y 296-297, Díaz resume otras investigaciones de fuentes para la Rima V. Sobre las fuentes becquerianas, véase también J. M. DÍEZ TABOADA: *La mujer ideal. Aspectos y fuentes de las Rimas de G. A. Bécquer*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1965.

románticas, como *El genio de la melancolía*, de la Avellaneda, y las seguidillas objeto de estas líneas.)

Pero las restringentes rimas de los cuartetos y quintetos aconsonantados de Larrea están muy lejos aún de esa sugestiva fluidez lírica de Bécquer, que fue tan bien analizada ya en 1871 por Ramón Rodríguez Correa, en el prólogo a la primera edición de las *Obras* del sevillano: «Las rimas de Gustavo, en que a propósito parece huir de la ilusión del consonante y del metro, para no herir el ánimo del lector más que con la importancia de la idea, son a mi ver de un valor inapreciable en nuestra literatura»<sup>22</sup>. Este pasaje nos servirá a la vez para esclarecer otra diferencia entre la Rima V y «El espíritu y la materia», pues tanto en el comentario de Correa y la crítica del propio Gustavo, como en la poesía becqueriana que aquí nos ocupa, la voz *idea* no se refiere a ningún concepto o abstracción intelectual, sino a una impresión o visión, ya del universo entero, ya de algún segmento más reducido de lo existente, cuyo sentido se deje intuir más bien que formular (no otro significado tendrá todavía esta palabra en el ensayo «The Meaning of a Literary Idea», de Lionel Trilling, en el libro *The Liberal Imagination*); mas el poema de Larrea se basa, por lo contrario, en ideas en cuanto conceptos y fórmulas intelectuales y morales, porque es en realidad una obra teológica. Se trata de una serie de tres discursos, dos relativamente largos y otro más breve, puestos, respectivamente, en boca de la materia, el espíritu y el poeta. Al disertar los tres sobre los papeles de los dos primeros, se va formando un equivalente moderno de las disputas medievales entre el agua y el vino, el cuerpo y el alma. El espíritu, por ejemplo, insiste en «mi santa inspiración», la cual lleva al hombre a una noble abnegación frente al estéril egoísmo producido por la materia. Ante el deseo del bien estimulado en él por el espíritu, el poeta (el hombre) pregunta: «¿Que, para no cumplirle, Dios agita / con tal deseo el corazón humano?» En fin, no obstante las semejanzas estilísticas, es en el fondo una obra muy diferente de la Rima V, en la que el espíritu y la materia no serán ya dialogantes y entes separados.

Pues en la Rima becqueriana se han fundido desde el principio, según indica el verso que subrayo aquí: «Espíritu sin nombre, / indefinible esencia, / yo vivo con la vida / sin formas de la idea». Este espíritu no se traduce por formas intelectuales, y en cada estrofa sucesiva, al seguir expresándose con verbos de primera persona, vuelve a «vivir» o fundirse con la vida, habitando cada vez una nueva variante de la materia: «Yo soy la ardiente nube»; «Yo soy nieve en las cum-

<sup>22</sup> En BÉCQUER: *Rimas*, ed. José Carlos de Torres, Madrid, Castalia, 1976, pág. 217.  
Associate Prof. of Spanish

bres», etc. Así, la materia habla a través del espíritu—el yo es doble en la Rima V—, mientras en Larrea el pronombre se refería exclusivamente, ya a la materia, ya al espíritu. Ahora bien: la fusión becqueriana de la materia y el espíritu se anticipa en «El aire», de Vizcaíno; porque el aire, que es el «espíritu» de este poema y otra «desconocida esencia» que nada sabe de su propio origen, dice desde el comienzo, y de nuevo subrayo lo más importante: «No sé dónde he nacido, / mas soy la vida / de todo cuanto existe, / cuanto se anima»; idea—fusión de materia y espíritu—que ya en las seguidillas de Vizcaíno de 1865, también se reitera a lo largo de toda la composición por una serie de verbos de primera persona, según verá el lector volviendo a consultar el texto que damos más arriba. En relación todavía con esta idea, es interesante otro paralelo específico, pues los versos becquerianos «yo soy la ignota escala / que el cielo une a la tierra. // Yo soy el invisible / anillo que sujeta / el mundo de la forma / al mundo de la idea», encuentran un claro antecedente en los siguientes de «El aire»: Sin mí no hubiera tierra, / ni sol, ni cielo: / de todo cuanto vive / soy elemento».

Tomemos nota de otras varias coincidencias concretas. Para Vizcaíno, el aire es el «suspiro perfumado / de la mañana», y en la Rima V, la indefinible esencia poética dice: «suspiro en la onda pura». Los dos versos de «El aire»: «montes de ardiente arena / al cielo elevo», pudieron servir de modelo para este becqueriano: «soy fuego en las arenas». Y además de los paralelos verbales que descubrirá el lector, todavía citaremos el siguiente: el «y rujo en la tormenta», de Bécquer, parece hacer eco al «Soy huracán rugiente», de Vizcaíno. Una semejanza, no ya de idea o palabra, sino de estructura, se revela por el hecho de que cada poema se enmarca, por decirlo así, comenzando y terminando del mismo modo. Los dos primeros versos de la primera y la última estrofa de la Rima V son, respectivamente: «Espíritu sin nombre, / indefinible esencia», y «Yo en fin soy ese espíritu, / desconocida esencia». Los tres últimos versos, tanto de la primera como de la última seguidilla de «El aire», son: «No tengo patria: / el universo entero / es mi morada».

«El aire», en fin, por constar de seguidillas, ofrece un modelo de versificación mucho más libre, fluida y abierta que «El espíritu y la materia», y por esto, igual que otras poesías del mismo metro popular que Gustavo conocía, la de Vizcaíno se acerca mucho ya al esquema de la Rima V (típica en este aspecto), por el que el «vago» y nada concluyente tema becqueriano se casa con esas imprecisas y nada limitativas rimas asonantes para borrar la raya divisoria entre el poema y los sueños que inspira en el lector, dejando a éste paso libre al valle de las rimas

personales. En tal fluidez y ausencia de trabas formales y temáticas se apoya asimismo esa comprensividad casi sin límite del panorama (tierra, cielo, universo) que se nos invita a contemplar, así en el poema de Vizcaíno como en el de Bécquer; mientras en los versos de Larrea, en cambio, lo que hay de amplitud panorámica tiende a negarse por la precisión arquitectónica de la versificación y la introducción de problemas morales específicos.

Puede que los heptasílabos de la Rima V y alguna otra Rima sean al mismo tiempo una parcial reminiscencia formal de las seguidillas de Lista, Trueba, Vizcaíno, etc., en las que se inspiraba el Bécquer lector. Mas la yuxtaposición de la palabra *heptasílabo* y el nombre de un neoclásico autor de seguidillas, Lista, sugieren a la par otra posible proveniencia del verso de siete sílabas, así como un problema que habrá que tratar en otra ocasión: ¿cuál es el alcance de la influencia neoclásica en Gustavo? Pues la Rima V, con sus coplas de heptasílabos asonantados en los versos pares tiene, por ejemplo, la mismísima forma que las anacreónticas del dulce Batilo y los otros neoclásicos.

RUSSELL P. SEBOLD

University of Pennsylvania  
Hispanic Review  
Williams Hall CU  
PHILADELPHIA, Penn. 19174 (USA)